

BUENOS AMERICANOS

PERIODICO DE LAS FAMILIAS



DOCTORA CECILIA GRIERSON

Primera médica argentina

DIRECTORA
CLORINDA MATTO DE TURNER
COLABORACIÓN
ESCOGIDA

AÑO 1.º NUM. 7

Búcaro Americano

Buenos Aires, Junio 1 1896.

NOTAS EDITORIALES

La abundancia de material nos obliga á retirar nuestro artículo de fondo.

La dirección respeta en toda su amplitud la libertad de pensamiento; pero no se hace responsable más que de la redacción propia; siendo cada autor dueño de sus ideas y de la forma de expresarlas.

Terminamos hoy la inserción de *LA EMANCIPACIÓN DE LA MUGER*, trabajo conceptuoso, pensado y nutrido de observación á cuya autora bien llamamos Eva Angelina, pues, tiene algo de Eva por lo tentadora y de ángel por los sentimientos.

Insertamos tambien, felicitando á las autoras, señoritas Martínez y Pasicot, los trabajos que llevan la firma de estas jóvenes y bellas colaboradoras así como á la espiritual niña que se esconde tras el vaporoso antifaz de *Beatrice Penna*.

DOCTORA CECILIA GRIERSON.

Mujer fuerte no es hoy la que lucha con los fantasmas de las pasiones y del seductor audaz, espantado por la razón y la decencia; es aquella que en la mar embravecida de las preocupaciones retrógradas tiene que sacar ilesa y triunfante la personalidad moral y científica.

Nuestras legiones aumentan, mal del grado de los tontos que en la dignificación de la mujer encuentran un paso atentatorio á su categoría de mandones, y, sin medir bien sus propios intereses, quieren que el sexo

débil sea únicamente consumidor, representando en la familia el triste papel de protegida.

Contamos por centenares á la mujer que en la lucha por la vida se basta sola; que en el torneo de la idea presenta el cerebro nutrido y la voluntad firme; que á la feraz pelea lleva el broquel impenetrable á la inconstancia ó al miedo.

Ahí está entre ellas, cerca de nosotras, la distinguidísima señorita Cecilia Grierson que ha sabido ganar la borla doctoral en la facultad de medicina y ejerce con brillo la noble profesión que hasta ayer era patriomonio exclusivo del varón.

La señorita Grierson, cumplida é intachable en la vida social, es una notabilidad en los anales de la ciencia médica femenina y de quien se sentirá orgullosa su patria como se siente satisfecha la mujer sud americana.

Hija de la floreciente Argentina, por sus venas corre mezclada la sangre del caballero castellano y del cumplido sajon, causa de los efectos que se traslucen en una naturaleza esencialmente generosa y trabajadora. La señorita Grierson es la que en los calificativos de la vida laboriosa se designa con la voz un carácter.

Noble y fuerte, su misión científica la traduce por el bien de la humanidad enferma y de la humanidad en peligro.

A estos móviles obedece la perseverancia en el ejercicio de la profesión y el afán con que en 1892 fundó la sociedad ARGENTINA DE PRIMEROS AUXILIOS, cuyo objeto es el de «hacer propaganda de la enseñanza sobre la manera de prestar primeros auxilios en caso de accidentes, hacer esta instrucción bajo el control de

médicos y aplicar estos conocimientos desinteresadamente, siempre que se presenta la ocasión de hacerlo.»

Con este motivo recuerda la noble dama en su MEMORIA de 1892 á 1895 que «esta institución popular ha tenido su origen en Inglaterra, donde, desde tiempo inmemorable, las hermanas de San Juan de Jerusalén ejercían esta caridad, y debido á la propaganda que hizo Miss Nightingale después de la guerra de Crimea, demostrando el estado lamentable en que se encontraban los heridos en el primer momento, por falta de aptitudes en los que rodeaban á los caídos, se vió la necesidad de que todo el mundo adquiriese estas nociones para aplicarlas en la vida práctica.»

Para penetrarnos algo más en la importancia de esta institución, leamos lo que dicen los ESTATUTOS en su artículo I:

«La «Sociedad Argentina de Primeros Auxilios» se propone extender los conocimientos sobre la manera de prestar los primeros auxilios en casos de accidentes á los legos en medicina que desean auxiliar desinteresadamente á sus semejantes en estos casos, creando cursos de «Primeros auxilios,» en los cuales se enseñará á ejercer todos los primeros cuidados hasta la llegada del médico, é inscribir en la Sociedad los médicos, farmacéuticos diplomados y los estudiantes de medicina de nuestra Facultad que quieran prestar gratuitamente sus servicios en estos casos de accidentes, y tuvieran voluntad de ayudar en esta enseñanza y hacer propaganda de esta institución.»

No satisfecha aún la doctora Grierson con el resultado de haber reunido doscientos setenta miembros

meritoriamente estatuidos para emprender la campaña salvadora; pone al servicio de ésta causa todos sus esfuerzos intelectuales, y edita su libro titulado PRIMEROS AUXILIOS EN LOS CASOS DE ACCIDENTE, cuyo producto de venta es aplicado al fomento de la Sociedad; de modo que, con esta obra hoy tan propagada en la República Argentina, presta un doble servicio á la humanidad vulgarizando los conocimientos para la asistencia de heridos y coadyuvando al ensanche de la institución con el resultado monetario.

Es así como se hiergue la sacerdotisa del bien que oficia en el altar del amor al prójimo.

Es por eso que irá á la posteridad coronada de rosas pasando por en medio de laureles y palmas dejadas en el camino por la justicia y por la gloria.

Nuestro periódico, haciéndose eco de la sociedad agradecida, coloca junto al retrato de la primera médica argentina una flor peruana traída de allende el Pacífico, para el BÚCARO AMERICANO.

La Dirección.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

(Conclusión)

Como madres, merecen mencionarseles con detención. La habitación inmediata al dormitorio propio es la que se dedica para el niño con la nodriza después de consultar sus condiciones higiénicas, de manera que la criatura, sin molestar, queda bajo la vigilancia de la madre. Por cierto que las horas de las comidas, del sueño, del baño y de los paseos son medi-

das y ordenadas; atiéndese también al desarrollo físico del niño con juegos atléticos.

De los varones es el padre quien se ocupa de proporcionarles una manera de trabajar que por lo general consiste en el comercio ó la mecánica.

A las niñas se les educa desde pequeñas con la misma independencia que al hombre, llegando á tratarse como dos amigas cariñosas con sus madres, cuando son señoritas.

Tienen un día de recibo especial para sus amigos y amigas donde reina la mayor expansión y alegría, pues, además de que dichas reuniones están formadas por seres que no han tenido tiempo de pasar por las amarguras de la vida y que por consiguiente están rodeadas de un ambiente de felicidad, sus costumbres liberales, que en nada faltan al recato que conviene á una mujer, hacen que no se conozca esa chismografíá que causa aburrimiento en nuestros centros sociales.

La señorita norte americana entra y sale á su casa lo mismo que sus hermanos sin más obligación que la de no faltar á las horas señaladas para sus comidas; ocurren casos en que estando de paseo se improvisa un viaje á cualquier otro Estado al cual va sin haber visto á sus padres, conformándose con participarles la dirección que toma.

Muchos pensarán que semejante manera de ser, lejos de traerle felicidad contribuirá á su desgracia, pero debe tenerse en cuenta que, además de que las leyes norte americanas favorecen al sexo débil al extremo de que vasta que una señora se queje á un vigilante de que es objeto de miradas impertinentes,

para que sea el individuo conducido á lugar seguro; la educación de independencia que ha recibido desde la infancia hace que sepa el verdadero mal que se acarrearía no conduciéndose como debe; y al mismo tiempo que se da cuenta de su personalidad, sabe hacerla respetar.

Cuando por desgracia en el matrimonio se encuentra con un ser indigno de ella que la hace llevar toda una existencia de sufrimientos, no se resigna á su suerte con la sumisión del idiota.

Es la compañera amante del esposo dispuesta al sacrificio, lo mismo que nosotras, por el ser amado, si fuere necesario, pero al mismo tiempo sabe apreciar sus méritos haciendo respetar y valer sus derechos cuando es necesario.

* * *

La europea, al emanciparse del estado en que todavía estamos nosotras, no ha tenido fuerza suficiente para llevar á cabo la famosa obra de civilización y libertad.

Examinaremos la vida de la mujer francesa por pertenecer á la nación que es considerada como el núcleo del progreso.

Se ha sacudido del pesado yugo que aún nos opriime, pero le ha faltado la energía necesaria para adquirir su libertad por medio de sólidas virtudes y de su inteligencia cultivada; de espíritu activo y práctico, otro camino se le presentaba á sus ojos y sin pensar que lo que es digno de censura, aunque proporcione felicidad, debe ser rechazado, optó por tan errónea senda que redundará en mal gravísimo para la posteridad.

Tenía á su lado al hombre *fin de*

siglo que impregnado del grosero materialismo de Schopenhauer, Zola y del incredulismo de Espinosa, no quiere ver otro fin en la vida que el de satisfacer sus caprichos, apelando á una ciencia falsificada para disculpar su conducta, y como este camino era el más fácil, se resolvió á él resultando que si bien en apariencia parece sujeta al hombre, en realidad no solo se ha emancipado de él sino hasta de sus deberes.

Se ven hogares verdaderamente imposibles, el esposo solo ^{ha} sido elegido para libertarse de la vigilancia de los padres, de manera que existe una independencia mútua extrema.

Se puede tener amistad por muchos años con algunas señoras sin que se proporcione ocasión alguna de conocer al esposo; se les ve separadas de él presentarse en los bailes, teatros y paseos públicos.

Mucho habría que decir en este sentido si no lo considerásemos inútil atendiendo á que estas escenas de la vida parisienne han sido descritas con gran talento y verdad por el insigne Balzae en *Etudes Philosophiques*, y *La Pean de Chagrin*, y entre los modernos novelistas por los Goncourt, Guy de Maupassat, y varios otros, verdaderas lumbreras de la literatura moderna que no citamos por ser conocidos por casi todos los que saben leer.

Semejante conducta trae como consecuencia el desentendimiento de los hijos que, faltos de las caricias maternales, crecen sin afectos y saturados de egoísmo. Estos seres que viven para sí tendrán que verse priva los de todo goce espiritual; y aunque encontrasen en su vida un ser que los amara, no llegarían á com-

prender esta felicidad porque, un corazón que no ha recibido en su infancia las caricias del hogar, es muy difícil que comprenda sentimientos tiernos y delicados.

* * *

Es el hombre el que más se opone á la emancipación de la mujer, pero nos parece que el principal origen de tan errónea idea es la poca importancia que, entre nosotros, se dá á tan interesante asunto.

Sabido es que sin la protección masculina nada podríamos; nuestra naturaleza es demasiado débil para entrar en una lucha desde luego desigual.

El día en que el varón se convenza de que la mujer ilustrada, lejos de ser inútil para el hogar, no solo lo realza sino que su beneficio se hace extensivo hasta los que la rodean, tendremos leyes que nos protejan como las de los Estados Unidos de Norte América.

Multitud de argumentos se escuchan en contra por felicidad infundados: se dice que la inteligencia se desarrolla á expensas del corazón deduciendo que la mujer ilustrada es todo razonamiento y que por consiguiente carece de su principal encanto, que es la ternura; este sentimiento solo se agota en los corazones que viven en continuas impresiones sensuales, muy raras en nuestro sexo.

Fijémonos en los seres ignorantes y estúpidos y notaremos entre ellos que á mayor cultura, tambien es mayor la facultad de sentir.

El labriegue de los mentes no tiene afectos, mientras que el operario de una capital forma ^{en} hogar donde reside el amor.

Este fenómeno se realiza en la mujer, ejemplo de ello nos da la célebre Eloisa, así como en los tiempos modernos Madame de Staél y George Sand.

¿Cuánto más agradable no sería para un hombre encontrar en su compañera, en vez del ser ignorante, para con el cual tiene que buscar conversaciones frívolas que le sean comprensibles, á una mujer cuyo cultivo intelectual le haya puesto á su altura, es decir, con la que pueda compartir todas las cuitas de su alma, proyectos para el porvenir, temores ó alegrías del presente?

¿Habrá mayor suerte para un abogado que vive con el producto de sus honorarios, que, cuando por desgracia cayese enfermo, pudiera su esposa reemplazarlo en el estudio contribuyendo con su trabajo á que no faltase el alimento á sus hijos y quien sabe, si hasta á darle vida?

A cada paso vemos ejemplos en nuestra sociedad, de familias que por causas análogas quedan en la miseria.

Entre las personas de fortuna que creen innecesario adquirir conocimientos sólidos, debe tenerse en cuenta que siempre encontraran ocasión de hacer beneficios, por medio de su ilustración, no sólo proporcionando una existencia amena á su esposo, sinó educando á sus hijos.

Vulgarmente se cree que la mujer que tuviera profesión habrá de ejercerla aún abandonando su casa. Lógico es suponer que esto sucedería mientras estuviese libre, pero que una vez casada con un hombre cuyo trabajo pudiera satisfacer á las necesidades de la vida, preferible le sería estar descansada go-

zando de los encantos que proporciona el bienestar doméstico.

Otra idea muy general es la de que la literata es un ser perdido para las obligaciones del hogar, pensando que alrededor de ella todo es desorden.

¡Qué error tan grande! La que tiene orden y juicio para escribir mayor lo tendrá para arreglar su plan de vida, puesto que es asunto más sencillo.

Injustas por demás son las críticas de que se le hace objeto y muy amenudo se le censura de faltas que le suponen haber cometido y que mejor convendrían á la mujer de mundo que abandona al hijo enfermo al cuidado de una extraña por no faltar á un baile, exigiendo un sacrificio de su esposo por lucir un vestido superior, en su costo, á sus alcances.

Semejantes aberraciones no se verán en la literata; si alguna falta comete, siempre será por un fin noble por que la que es de espíritu elevado con dificultad comete pequeñeces.

Podemos citar á la Pardo Bazán, como al tipo de la mujer emancipada. Con su talento ha dado más lustre á su nombre que el que le dieran por nobleza sus antepasados haciéndose admirar al mismo tiempo como buena madre.

Llegará, no hay que desesperar, el progreso civilizador á Sud América, haciéndose extensivo hasta el ser débil que todavía gime bajo injusta suerte; y tendremos el mismo derecho que nuestras compañeras del Norte, porque la corriente del progreso en el cauce de la luz va sin detenerse.

EVA ANGELINA.

Buenos Aires, Mayo de 1896.

EL CONSEJO

LA PATRIA.—TRADICIÓN.—VICTORIA.—LABOR.

LA PATRIA

Llegada ya á la edad de reflexiones,
Mi vida sin pesares deslizada,
En medio de los victores alzada
De un mundo que aclamó mi libertad;
Hoy, cuando ya ceñida de esplendores,
Me miro en el zenit de mi existencia,
Vuestro consejo imploro y vuestra ciencia.
Ellos mi norte y mi fanal scrán.

Decidme, consejeras de mi suerte,
Las que siempre marcastéis mi camino,
Cómo asociarme debo á mi destino
Y cómo los azares conjurar;
Porque siento que empiezo al fin la vida,
Pasada ya mi juventud serena;
Y entro en el cauce torrentoso, llena
De esperanza y de fé para luchar.

Decidme, sí, en qué ruta mis esfuerzos
Desplegaré por sostener mi gloria;
Cómo, haciendo querido en la memoria
De los pueblos mi nombre, lo honraré;
Cuál es la senda que mis pasos firmes
Han de seguir para llegar triunfante
A ese puesto inmortal, á que anhelante
En mis sueños de honor, aspiraré.

Por eso os convoqué; porque el pasado
Es tan glorioso en la existencia mía,
Que si una sombra le oscurece un día,
Muestra al otro, su brillo sin igual;
Y, queriendo ser digna de mis fastos
En Consejo os llamé. Decidme ahora:
¿Cuál de las sendas do la Gloria mora,
Cuál seguiré por conseguirlo? ¿Cuál?

TRADICIÓN

Joven que apenas la existencia empiezas
Y cuya cuna centelló divina
Diosa de un pueblo, ante la cual se inclina
Todo un mundo radiante de esplendor.
¿Y preguntas ahora qué camino
Ha de seguir tu marcha omnipotente?
¿Tú, generoso pueblo de Occidente?
¿Tú, inolvidable tierra de Colón?

¿Cuál es la dicha que te cerca y ama?
¿Cuál el latido que animó tu vida?
¿Quién tu existencia de heroísmo olvida?
Quién tu grandioso y turbulento ayer?
¡Oh! emperatriz de un pueblo de valientes:
¿Acaso no es bastante tu pasado?
O es que tal vez le miras, ya sombreado
Soñando en otro efímero poder?

No, patria de Bolívar y Belgrano:
Tu vida es una sola y muy grandiosa
Y de guardarla siempre y siempre honrosa
Es bastante ya el peso para tí.

No busques otra senda que te guie
¿Cuál mejor que ella al puerto te conduce?
Mira al pasado, mira como luce
La luz cambiante de colores mil.

¿Recuerdas cuando niña todavía,
Tus brazos oprimidos levantabas
Y el ambiente de cánticos llenabas
Hablando de poder y libertad?
¿Recuerdas, cuando alta y soberana
Despertando del sueño en que dormías,
La soberbia cabeza sacudías
Y volabas, las armas á empuñar.

¿Recuerdas cuando jóven y animosa,
Desafiando el poder de tus señores,
Mostraba tus excelsos esplendores
El campo de la guerra y del honor
Y cuando en pos del bien que te robaba
Porque creyeron verte prisionera,
Irguiéndote impotente y altanera.
Tu esfuerzo hasta los hierros dobló?

Allá, sobre las pampas sin confines,
Allá, sobre los riscos y el torrente,
Que eternamente tu pasado cuente
Con voz sonora, el águila condal.
Y que historien en páginas de bronce,
Los titanes del seno del abismo,
Tu bravura grandiosa y tu heroísmo,
Haciéndote con sus fastos, inmortal.

Que los aires, de música de gloria
Se llenen, y de dianas nunca oídas;
Que las sombras honradas y queridas
Se despierten cantándote también
Y que arrullada en tus recuerdos todos,
En aquellos recuerdos fabulosos
Te adormezcas, soñando en los hermosos,
Dulces instantes que pasaste ayer.

Repliégate á gozar con los anales
De un pasado feliz; jamás intente
Tu juventud, vivir en el presente
Ni buscar un brillante porvenir.
¡Ay! que nada ha de darte en esta tierra
Una dicha tan pura y sin engaños,
Cual la que conquistaste en otros años
Que es toda tuya y toda para tí.

Desdeña las ofertas que te brinden
Los horizontes de color dorado;
Todo cuanto hay de grande lo has pasado.
Y nada necesita ambicionar,
Quien ha bebido en la envidiada copa.
Para los grandes sin cesar servida;
¡Bien puede consagrársele la vida
Al que la dicha de vivir nos da!

LA PATRIA

¡Tienes razón! Cuán bello es el recuerdo
De otras eras felices transcurridas.
¿No es verdad, corazón, que nunca olvidas
A aquella edad risueña y juvenil?
Vivir en el recuerdo: ¡Bella vida!
Anegarse en los sueños de otras horas;
Aspiración que apenas te coloras,
Y que eres bella, más que nunca, así!

VICTORIA

Perdonad: Pero pienso que al Consejo
No solamente ha sido convocada,
La Tradición que tiene conquistada
Gran parte de tu ardiente corazón;
Y aún pienso más: pues pienso que si escuchas
Lo que voy á decirte, ciertamente,
Mucho más que el pasado y el presente,
El porvenir será tu aspiración.

¿Cómo tú, noble joven que á la vida
Esta mañana apenas te asomaste,
Un momento siquiera te asociaste
A un Consejo de muerte y de quietud?
¿Cómo pudiste imaginar, que llena
De fuerza y de poder, todo ese fuego
Habíeras de extinguirle, y solo, luego
Al pasado inmolar tu juventud?

Oh! nunca. Mira el porvenir inmenso
Que allá despliega su color radioso;
Mira cuál se abre el horizonte, ansioso
De limitar tu zona para tí.
Allí está tu grandeza inmarcesible,
Allí, nuevos laureles retoñados,
Pronto sus gajos se verán segados
Para ceñir tu frente juvenil.

Ven, que tus pasos guiaré incesante:
No temas, en la senda de la Gloria,
Lleva en el alma tu inmortal historia
Que ha de templarte al fuego de su amor.
Y cuando allá, en la cima, triunfadora,
Otra vez más y mil, alceas la espada,
Brillará iluminando tu mirada
Y entonarán los pueblos tu loor.

No sólo en el pasado te adormezcas:
Se queda en el olvido quien no avanza;
Es preciso que alumbre la esperanza
Mucho más que el recuerdo que pasó.
Ven, ¿no escuchas que suenan á lo lejos
Las llamadas valientes y animosas,
Mientras aquí, sin acudir, reposas
Desoyendo la voz que te nombró?

LA PATRIA

¡Victoria! Escucha que los aires llena
Con su nombre querido que me llama;
Esa es la diosa que me alienta y amo!
¡También por ella, siempre suspiré!
Y ¿qué hacer? Es tan bella la existencia
Que el ayer y el mañana lisonjean.....
Y pensar que mis ojos ¡ay! no vean
En cual de ellas mis pasos fijaré!

TRADICION

Ven conmigo á mi reino de espléndores:
Te brindaré en la copa de los dioses.

VICTORIA

Tú, que mi Imperio sin igual conoces
¿Por otro que te he dado, dejarás?
¿No ves que tu pasado es obra mía,
Que sólo yo le sostendré triunfante,
Que faltó de mi apoyo, vacilante,
Desmoronado á tierra se vendrá?

LABOR

Callad por un momento solamente:
No discutáis dominios tan extensos;
Si son joh Tradición! si son inmensos
Los dones de gloria y tu poder,
La Victoria tambien es operaria
Que ha trabajado siempre en tu grandeza;
Y hoy, que la Patria, otra jornada empieza,
Ambas por ella os unireis tambien.

¿Por qué desasociaros; si la una
En su esfuerzo á la otra necesita?
Donde el pasado sin cesar palpita,
De los tiempos, un rayo, lucirá.
Y si buscar pretende otro horizonte
Y victorias anhela en su carrera:
¿Quién mil ejemplos de valor le diera
Como su historia que hallará inmortal?

Patria no busques solo de tu vida,
El mañana brillante, ni el pasado:
Piensa que nunca prescindir te es dado
De la acción de ninguna de las dos.
Recuerda, si, aquel tiempo tan glorioso,
Cual testimonio de tu acción valiente
Y mire, sin honores, frente á frente,
Al espacio sin fin, tu corazón.

Yo el trabajo del hombre represento
Que se vence sirviendo á su destino,
Y pasan sin cesar por mi camino,
Cuantos quieren el lauro y el honor;
Nada se obtiene fuera de mi senda,
Soy quien guía los pasos, al progreso
Y con justicia firme, siempre peso,
Los esfuerzos del hombre y su labor.

Ven, patria, ven: trabaja sin descanso
En mi senda inmortal. Que tu incesante,
Poderosa labor, siempre adelante
Tu marcha ha de impulsar y dirigir.
Y entonces, cuando erguida te presentes
Ante el mundo, esforzada y arrogante,
Sabrá que no olvidaste un solo instante
Ni la gloria de ayer, ni el porvenir.

Vosotras, consejeras poderosas
Que arbitráis el destino de su vida:
¿Queréis á un tiempo verla dividida
Sin que siga a ninguna de las dos?
¡Oh! no; pensad que ante el alta noble
De nuestro templo, inclinará la frente,
Mostrándose por ambas prepotente
Si permitís que la conduzca, yo.

TRADICION

Diríjela, dejamos en tu mano,
Sintiéndonos vencidas por tu acento,
Que le inspires tu numen y tu aliento,
Nutriéndola á la vez con nuestro amor.

TRADICION Y VICTORIA

Muéstrale la amplia senda del progreso,
Para que avance en ella iluminada:
La soberana frente levantada
Y henchido de esperanza el corazón.

LA PATRIA

¡Oh! tú, la que me muestras esa vía
En que he vivido siempre, aunque ignorando
Que en la lid de la vida trabajando
Prosperaré bajo tu santa ley:
Yo quiero continuar en tu sendero,
Sin apartar mi planta de tus huellas
Y trabajar, por perpetuar, las bellas
Y resplandecientes horas de mi ayer.

Marchemos á ese mundo que se muestra
Radiante de esplendores y de gloria,
Unidas para siempre en mi memoria,
Tradición y Victoria, vivireis:
Que me mostraron siempre vuestras luces
Una ruta inmortal á mi conciencia
Y le inspirásteis la sagrada ciencia,
Que en mis horas amargas alenté.

Más jay! que toda gloria es epoca cosa
Sin el esfuerzo propio que nos guia;
Hoy he visto, bien claro, que debía
Para vosotras mismas, trabajar,
Y que por sostenerme siempre digna
De vuestro lauro que ciñó mis sienes,
Alcanzar en las lides vuestros bienes,
Y la palma adorada conquistar.

Voy pues á perseguir los ideales
Que me inspiró vuestro constante anhelo;
Voy un momento á refrenar el vuelo
Por tenderlo más rápido después.

TRADICION

Ve, y conquista en los campos no lejanos
El derecho á ser digna de tu historia.

VICTORIA

Ve, y alcanza los lindes de la Gloria.

TRADICION, VICTORIA, LABOR

Patria de heróicas tradiciones: Ve,

ERNESTINA A. LOPEZ.

¡VIXIT!

A la memoria de mi hermano Estéban Demetrio

Fuerte, esbelto y gallardo: noble
con toda la nobleza, y en su corazón
todos los elevados sentimientos, flo-
res delicadas, escogidas, magníficas,
confundiendo su perfume en el bú-
caro de oro. Lábios que no han
herido los suspiros, ojos risueños
que han encontrado el mundo bello,
y en la pura, erguida frente el res-
plandor de una triple aureola subli-
me. Porque allí estaban los rayos

postreros del más encantador cre-
púsculo de la adolescencia, la juven-
tud alborante y el grandioso fulgu-
rar del génio y sus alas de luz.

Así era él: el arcángel que partía
y el artista que llegaba.

Por eso pintó el cielo cuando es-
tá azul, el beso del sol y de la nube
y la ola limpida que pone á la roca
un velo de novia; los instrumentos
brillantes de las fiestas, las rosas
lozanas y frescas antes del festín, el
corcel joven y la soberbia arrogan-
cia de su brío; el mar en bonanza y
á lo lejos, las velas, capricho de bru-
mas que baja de los cielos ó que
surge de la planicie zafarina.... pero
¡ah! él también como dijo Malherbe:

..... était du monde, où les plus belles choses
Ont le pire destin.

Y un día en el vergel de los en-
cantos, al empezar el más hermoso
de los conciertos juveniles, entre la
dicha y la gloria nacientes, llegó á
su lado ese ángel silencioso que
tiene las alas de un color triste.... A
su soplo extinguióse la luz blanca
de su vida, entonces él cayó son-
riendo siempre y dulcemente se de-
jó llevar

Beatrice Penna.

Buenos Aires 1894.

LO DE SIEMPRE

—
Qué bien lo recuerdo.

Declinaba el sol.

Los dos estábamos apoyados en
la baranda del malecón y dejábamos
vagar la mirada por el mar, que á
cien metros bajo nuestros piés, se
extendía tranquilo y magestuoso.

Principiaba Mayo; el mes de amor
y de las flores, y la tarde estaba se-
rena como una conciencia honrada.

La costa que podíamos distinguir, formaba un semicírculo.

A la izquierda terminaba muy pronto en un cerro avanzado al mar y que tenía una población como escalonada en sus faldas.

Era el «Salto del Fraile».

¡Cómo brillaban los colores de sus caprichosas construcciones á los rayos del astro en poniente!

A la derecha se extendía cuatro á seis leguas, achicándose, casi hasta perderse de vista, y figurando un brazo gigantesco que quisiéra darse el gusto de atravesar el océano.

En el horizonte brillaba una faja de oro que dividía el azul de las dos inmensidades.

Las barchas pescadoras con velas blancas, como alas de gaviota, regresaban, gallardas, al puerto; y las aves marinas, en grandes bandadas, volaban presurosas en demanda de sus nidos, abrigados por los cañaverales de la costa.

Allá abajo, donde se quebraban las olas, que parecían alinearse militarmente para atacar la plaza, se veía el establecimiento de baños, con sus barandas voladas y sus dobles filas de cuartos, que de lejos le dan el aspecto de un vapor varado.

A nuestro frente destacaba la isla su silueta oscura, asemejando por la forma una ballena enorme que saliese á respirar la brisa de la tarde.

La atmósfera parecía impregnada de una alegría triste.

Todo se preparaba al reposo y al sueño de la noche próxima.

Poco á poco, se iban como extinguendo los rumores de la vida y haciéndose más sencillo el eterno arrullar del océano.

La campana de la iglesia del pueblo, que teníamos á nuestra espal-

da, dió el toque de oración, con vibraciones que parecían gemidos.

El ruido nos hizo despertar de la especie de letargo que nos embargaba, y al volver las caras se encontraron nuestros ojos.

¡Qué bellos estaban los suyos, tan húmedos y tan negros!

En su vaguedad sublime guardaban algo de lo inmenso que venían de contemplar.

Cuando se vé mucho el mar parece que su grandeza y su misterio se fotografiaran en la mirada. Esta, como él, se hace entonces profunda e indefinible.

—¿Por qué estás triste? ¿En qué piensas? ¿Qué te llama la atención en el agua?—me preguntó ella con su voz de arrullo.

—Pensaba, respondí, con el corazón oprimido, en que toda esa abrumadora inmensidad que contemplamos, y la que hay mas allá, tras de aquella franja dorada, nos va á separar muy pronto.

Pienso que tienes que atravesar sin mí, ese mar que ahora está en calma; pero que es veleidoso como la suerte y mudable como la fortuna.

Así como quisieran mis ojos sondear sus misteriosas profundidades, desearía mi alma alcanzar el arca de mi destino futuro; saber si mi recuerdo acompañará tu memoria como esa estela de blanca espuma que sigue á aquella barca oscura que se aproxima.

—Pues á mí, el mar, respondió, sonriendo con dulzura, me sugiere otros pensamientos. Lo contemplo con alegría y con cariño, porque lo encuentro inmenso e inacabable como mi amor; verde, tan verde como mi esperanza.

—Eso es, repliqué, porque, como alguien ha dicho, «el espectáculo está en el espectador».

Tú, lo vés al través del prisma de la ilusión; yo detrás del cristal empañado de la ausencia.

Tú, contemplas en él el elemento que obediente va á conducirte á un mundo desconocido.

Ya te parece descubrir en el horizonte la deseada y lejana costa de Europa.

¡Cuánto esperas gozar allí!

Conocerás la nerviosa Francia, la artística Italia, la caballeresca España. Aprenderás á ser egoista é interesada en Inglaterra, á calcular fría é impasiblemente en Alemania.

¡Oh! los paseos, las diversiones, los espectáculos grandiosos, cómo deben halagar tu imaginación y tu deseo!

En cambio, yo en ese mar inmenso, solo veo al ladrón que me arrebata mi tesoro; al traidor que puede abrir entre nosotros una inmensidad más triste que la suya: la del olvido.

Tú esperas: yo temo. Tu imaginación te inspira fé; mi razón me hace excéptico. Hé allí la diferencia de nuestras apreciaciones.

¡Cuál de los dos estará en la verdad?

El tiempo se encargará de probarlo.

Callamos y volvimos la mirada hacia el sol, que había escondido ya en el agua la mitad de su disco de fuego.

El gran astro iba ocultándose rápidamente, hasta que solo fué una línea roja que se perdió también.

Nosotros seguíamos mirando, como si fuera á aparecer de nuevo.

Guardábamos silencio, ese silen-

cio pensativo que interrumpe siempre las conversaciones de amor, y en que parece que se aquilatara lo que acaba de hablarse.

Como las mujeres son las que rompen siempre esa clase de meditaciones, ella volvió hacia mí la mirada espléndida de sus ojos negros y en tono de reprensión cariñosa me dijo:

—¡Qué afán tan extraño el tuyo de amargar siempre nuestra intimidad!

—Por qué has de pensar constantemente en el mal? Acaso no te has convencido de que te quiero mucho, mucho?

—Es cierto, le respondí. Olvida mis impertinencias. Hablemos de nuestro amor interminable y de tu pronto regreso: y con la felicidad con que los enamorados cambian el tema de sus conversaciones, empezamos nosotros á construir castillos en el aire y á dejar vagar nuestras imaginaciones juveniles por el cielo bellísimo de la fantasía.

—¡Qué felices íbamos á ser: siempre amantes, siempre juntos!

Entre tanto, la noche seguía avanzando.

Todo iba adquiriendo la vaguedad de las sombras.

Los objetos se perdían en un fondo de color indefinible.

Lucecillas que parecían combatir con las casi apagadas claridades del día iban apareciendo indistintamente.

Ese aire fresco que siempre precede á la noche, nos había aproximado el uno hacia el otro como si pretendiéramos abrigarnos recíprocamente. Así se abrigan las aves en sus ocultos nidos.

Estábamos tan cerca, que los ca-

bellos oscuros de mi amada, agitados por las brisas marinas, me acariciaban la frente con delicioso cosquilleo.

Ya no hablábamos.

Hay felicidades que producen extasis y estos son mudos.

Solo cuando la oscuridad fué completa, recordamos que nos esperaban á pocos pasos atrás de la tupida enredadera de *madreselva*.

Estreché su mano que estaba fría; y adiviné que en medio de la sombra su cara se abandonaba á mis caricias.

Entonces la besé con pasión en los labios que entreabrieron como para respirar aquel beso.

Luego, nos reunimos á los demás; esforzándonos por disimular la emoción que nos dominaba.

* * *

El día siguiente la acompañé al Callao y estuve con ella en el vapor que había de llevársela.

¡Qué odio tan profundo le juré á aquel monstruo!

Cuando ya la luz se iba, me despedí de ella con un ceremonioso apretón de manos.

No era posible más ternura, porque habían muchos testigos.

Desde el bote que me conducía á tierra distinguía el vapor echando humo y lleno de luces, como un fantasma que tuviera muchos ojos brillantes.

Allí, sobre cubierta, divisé vagamente un objeto de dudosa claridad que se movía. Comprendí que aquello era el último adiós que me enviaba ella con un pañuelo que agitaban sus manos.

Hice lo posible por corresponder

á su despedida; y luego (ahora me avergüenzo de decirlo) lloré y lloré amargamente.

No sé por qué tenía el presentimiento de que ese adiós era el último.

* * *

Durante el primer tiempo que siguió á su ausencia, ella me escribió cartas muy cariñosas y muy largas.

Después había épocas en que nuestra correspondencia sufría intermitencias, para hacerse, en seguida más amorosa y más frecuente.

Por último, llegó un día en que dejó de escribirme; y yo, sin darme cuenta y sin saber cómo me acostumbré á su silencio.

Al principio no habría podido vivir sin tener noticias suyas. Después, aunque no la había olvidado, pero ya no era tan necesario á mi existencia. Casi no pensaba en su regreso.

Sin embargo todavía la amaba, ó mejor dicho, tributaba secreto culto á su recuerdo.

¡Oh poder omnímodo del tiempo! ¡oh fuerza invencible de la distancia!

Pasaron algunos años. No volví á saber de ella.

Un día, cuando menos la esperaba, recibí una carta en que un amigo me comunicaba que ella, la del amor inacabable como el mar, se había casado en Roma con un conde italiano.

¡Ella esposa de otro hombre!...

¡Qué peso tan enorme me quitaba de encima esta noticia!

Yo, que no sabía cómo disculparme cuando ella regresara...

Se había casado!

Nada podía alegrarme más; pues yo hacía seis meses que había hecho lo mismo.

Lima. (Perú)

J. R. PEREZ FIGUEROLA.

LAS MUJERES FRÍVOLAS

Amante como la que más al desenvolvimiento intelectual de la amada Patria, ha tiempo que aguijonea el corazón la indiferencia que en nuestra sociedad se vislumbra por todo lo que encarna un progreso en la mujer. Ella parte de las mujeres frívolas y de los hombres, que pretenden colocar, á las que se esfuerzan en derribar las barreras que ofrece el oscurantismo ó la insuficiencia y franquean el saber por el talento, ante la disyuntiva de abandonar su carrera oscureciendo sus dotes ó luchar sin tregua ni ventaja. Cuando se observa el adelanto general de los pueblos civilizados, la evolución rápida y favorable que se nota en pró del desenvolvimiento femenino, que brillando en las cabezas coronadas de la Reina de Rumania, bajo el pseudónimo de Cármén Sylvia, de la Princesa Teresa de Baviera, resplandece en las yankées de la América del Norte y trasciende con vuelos gigantescos en las naciones del habla latina y en las demás del Continente Sud - Americano, para destacarse en las mujeres del Perú, brillando por su ausencia las mujeres del Plata; el alma se opriñe por inmensa mole, ante la indiferencia de la nacionalidad argentina, que debiera por su origen y tradiciones llevar en alto el buril de la gloria que cincela el talento de la mujer de alma y corazón.

Desgraciadamente, preocupa á nuestras bellas lo esímero y lo vanal, porque tambien esto se realiza fácilmente, y la instrucción del alma con sanas doctrinas, derriba ideales esímeros, que en realidad no se consiguen, sinó en ilusión, pero mantienen vidas sin aliciente ni utilidad. Es doloroso y triste presentar á la crítica general, cuadros que cada uno observa en particular, y digo crítica, porque este es el tema favorito que se dilucida con preferencia en cada hogar, averiguando simplezas que á nadie benefician y á todos perjudican. ¡Cuanto tiempo perdido en la indolencia y en el mal hacer!... Así crecen las futuras esposas y madres, que inexpertas y frívolas, son el adorno del hogar, pero no el artífice necesario. La conversación trivial y la aversión á la lectura hacen nido de parásitos de cada mansión que debiera ser un florido vergel de dotes y virtudes, y es por esto que el hombre no encuentra en la compañera de su vida, la consejera preparada por el cultivo de sus facultades y el aliciente de sus dotes; la razón de ello está en la indiferencia con que se le instruye; la religión cristiana misma, base del orden y moral de todo hogar bueno, encuentra en la mujer instruida y cristiana factores eficientes que contribuyen al convencimiento de las masas, y no lo dudemos, una de las causas de la existencia de tantos descreídos é indiferentes, depende de la falta de moral y aptitudes de ciertas madres, para dilucidar con altura, cuestiones que á la mujer le son encomendadas por su naturaleza y misión y ellas no saben sostener con convicción y ciencia la verdad, belleza y grandeza de la doctrina del Cristo. El civis-

mo, el sentimiento patrio decadente cada día en medio de las necesidades del presente, son reflejos de esta misma indiferencia por el cultivo intelectual de la mujer. Ella nace y crece en la mayoría de los hogares de fortuna para agradar al hombre y seducirle, pero no para cautivarle y retenerle. El amor al lujo, la falta de economía y capacidad, traen las desuniones y desaveniencias que trascienden al escenario del público con perjuicio inmediato de actores y expectadores. Oh! madres y niñas que os formáis para serlo; la belleza material atrae pero no retiene, ella es el reflejo de las flores que seducen con la variedad de sus formas y colores, enajenan con su aroma y fenen cuando pierden sus atractivos, para volar á influencia de la brisa y morir sin lágrimas que la evoquen. Así la vida de la mujer que sólo de los atractivos físicos se cuida, es juguete del tiempo veloz, en cuyo corto período sólo cosecha dolores que se amasan con lágrimas, sin haber obrado como factor del progreso, ni realizando su fin.

Es verdad que el hombre ante sus caprichos vanales, no la quiere ideal é inteligente, la necesita hermosa, porque lo material se reemplaza y la belleza moral no se halla fácilmente, dando esta un grado de valor y dignidad tal, que perfeccionada en su yo, no permite que su ser y existencia sea juguete de infiustas seducciones.

Hijas, esposas y madres, que os dignáis leer mis ideas sin pretensión alguna, recapacitad sobre vuestra misión sacrosanta y múltiple, levantaos del letargo que os aniquila y procurad contribuir al progreso general, encaminando y perfeccionan-

do vuestros hogares con talento y discreción, unid á la belleza física que arrebata el tiempo, las bellezas morales, que imperecederas son el corolario que sostiene la eterna armonía del hogar. La mujer debe instruirse, profundizando los conocimientos humanos, para si descienda en lo físico sobresalir en lo moral, que la prolíjidad, la dulzura, la alegría, se vinculen con el criterio, la dignidad y el derecho que á la mujer asiste como actor del progreso del mundo y propagandista de las doctrinas de Dios.

Alejad, pues, de vuestro lado y corazón todo sentimiento egoista, que ellos pueden obscurecer lo mucho bueno que poseais, odiad la falsía y huid de los chismes y habbillas que sólo conducen á la difamación y calumnia que martirizan y anulan el criterio y la razón, como que son producto de la frivolidad.

Elia M. Martínez.
(Argentina)

Buenos Aires, Mayo de 1896.

Á UN ARROYO

(En mi pueblo natal)

Sentada en tus orillas y viendo correr tu diáfana corriente, cruzan por mi mente pensamientos tristes y emociones puras hacen latir mi corazón.

¿Quién que se haya deleitado en el murmullo suave de tus aguas medidas por la calurosa brisa de este hermoso día de Otoño, escuchando en la Naturaleza melodías infinitas y cantos de aves viajeras de la región azul, viendo deslizarse en vaivén silencioso tus aguas mansas ¡oh arro-

yo cristalino! no se ha sentido transportar á un mundo ideal?

Oh! si pudiera contemplarte en las noches de luna, si viera mecer juguetona su arco de fuego, su arco inmenso de tesoros radiantes, gozaría más, porque la noche es la lira del espacio y la musa olímpica de la tristeza.

Oh! aquí en la soledad veo á mis ojos nubes de espuma que matizan los apagados reflejos azules de la tarde melancólica. Las nubes han tendido su arco de sombras, pero á manera de un poema triunfal veo entreabrirse su pálido velo y bebo en la luz del sol abrasador torrentes de misteriosas impresiones.

Estas nubes fugaces semejan aquellas que surjen en la existencia de los corazones jóvenes y enamorados que duran como las flores silvestres, como las rosas y los lirios puros. ¡Cuánta ternura en el rayo de luz que separa esos semicírculos de sombras pálidas; qué paleta pudiera recoger esos diamantes y esos tintes opalinos derramados por el sol del medio día!

Se estiende la campiña de esmeralda dilatando en su florida superficie mi alma enagenada en tantas maravillas, en tanto que un himno triunfal brota en mi alma y le hace desplegar sus alas en las alas ténues de una nube, en la cascada mullidora que me rodea y en ese vuelo magnífico desde las bullidoras aguas hasta el horizonte sereno.

Qué mas perfume que el de la flor silvestre, que solitaria crece doquier entre tanta grandeza y encantos? Las aguas del arroyo reflejan el color del horizonte, así aquí están violetas, allí oscuras, mas á azules.

Azul debe ser la vida en el campo,

pues no hay aguijones en los placeres del alma; ligera es la nube que viene á oscurecer el cielo de nuestros ensueños; lluvia de flores virginales y cantos secretos y floridos, jamás las amarguras del mundo nublan la mente del que solitario canta, llora y ríe aquí en las campiñas; aquí concibo que hayan brotado imágenes y poesías conmovedoras porque todo es poético, todo es tierno!....

Cuántos poemas palpitan aquí esperando la lira que las recoja y los matice con sus flores. Aquí brota el amor en todas partes, es un idilio puro como la flor de la montaña. Aquí se abstrae el espíritu y sueña con horizontes de rosa, es un consuelo esta poesía para el alma que está triste, que sufre y que ama.

Aquí, viviendo en el campo, hay tesoros de belleza desconocidos, hábitos de brisa fresca que acaricia el cabello y la frente con mil suspiros,—hay allá, no muy lejos de mi vista, casitas blancas y ranchos deshechos ú olvidados que levemente asoman por entre el verde follaje;—aquí, allí árboles que elevan su gigantesca copa, trébol silvestre junto al agua, plantitas acuáticas que crecen en el arroyo—allá un trozo de tierra que se interna en el agua donde crecen duraznillos,—nubes que cual copos inmensos de espuma se estienden á los lejos, y si levantamos la mirada al cielo sublime de la patria, viajeras del espacio las aves que pasan sollozando cual un suspiro, y aquí y en todas partes el campo de esmeralda extiende su dilatada alfombra donde el caballo compañero del hombre de campo y de las dulces amazonas, se detiene perezoso ó cruza con paso sereno.

Hay tanto que cantar y que no ha sido cantado! Qué armonía en todo lo que nos rodea; qué grandeza y misterio en esta Naturaleza floreciente; soñemos, soñemos que así la vida es dulce, es un canto, una sonrisa.

Aquí duerme una poesía, poesía argentina, que hay que recoger para zahumar con su incienso poético las páginas de un libro. Para sorprender su calma, sus secretos y dulzuras habría que vivir aquí bajo los árboles en la orilla de este arroyo cristalino, bajo la sombra frondosa de algún sauce cuyas ramas se mecen con inconstancia al soplo de la brisa.

Falta el sabor campestre si no nos inspiramos aquí mismo, por eso el que se sienta fuerte podría escribir aquí siquiera fuera en fragmentos la historia de un ángel de sentimiento y amor como habrá sin duda en la morocha apasionada de nuestros campos tan melancólica y pensativa, sensible y tierna.

Adios arroyo cristalino, adios aguas azules, brisas puras, yo debo volver á la lucha diaria á que el deber y mis aspiraciones me llaman, pero tu recuerdo jamás podrá borrarse de mi corazón.

Soy tu amiga soñadora y pensativa que me voy dejándote estos pensamientos, mucho mas cuanto que me recuerdas mi dorada infancia en la que tantas veces reí y canté en tus orillas!

*Maria Emilia Passicot
(Argentina)*

San Vicente, Abril, 20 del 96.

LA MUJER EN LOS ESTADOS UNIDOS

(Conclusión)

Algunos años atrás habría parecido monstruosa esta irrupción de la mujer en las oficinas del Estado. A la hora en que estamos del progreso humano va pareciendo natural y lógica. Ya la vemos ceñir su frente con la borla doctoral en ambas ciencias: la que levanta al enfermo del lecho del dolor, y la que arranca al inocente del banco de la ciega justicia de la tierra; sacerdicios ambos que parecen instituidos para el alma abnegada de la más tierna mitad del género humano. Ayer no más oímos de los labios de la ilustrada Miss Alice McGillivray el resumen de los triunfos adquiridos recientemente en la campaña de la promoción de la mujer. «El Colegio McGill de Montreal,—decía la docta propagandista,—está poco á poco y deliberadamente dejando caer el puente levadizo que nos cerraba la entrada á sus aulas, en tanto que la Universidad de Toronto, después de un largo y paciente sitio acaba de sucumbir á las exigencias de la época».

Espíritus timoratos no faltan, que se alarman con la actitud que la mujer viene asumiendo en las evoluciones rápidas y sucesivas que llevan velozmente impelido al mundo. Para ellos, cada paso que la mujer avanza es una amenaza á la sociedad y á la moral. Quisieran verla enteramente inmóvil, en la última etapa en donde la dejara el cristianismo que hasta allí la trajo, cuando el cristianismo encabezaba las evolucio-

nes del universo. Curiosos criterios son éstos, que conciben la marcha de la humanidad por mitades: para el hombre el camino ancho, el amplio mar abierto; para la mujer las columnas de Hércules erguidas como barrera insalvable.

Y lo peor es, que el artífice de esta transformación del destino de la mujer no es ella misma, sino el hombre moderno. El es quien le arrebató el huso y la rueca que la estupidizaban; él es quien la arrancó del fatigoso telar que la consumía; él es quien la redimió del trabajo mortal de la aguja que la dejaba sin aire en los pulmones y sin luz en los ojos; y toda esa labor mecánica que embotada su alma fué relegada á la máquina: autómata inconsciente del progreso, que no tiene soplo de Dios que enaltecer, ni nobilísima misión que llenar en la sociedad. Fué el hombre de la actual civilización quien abrió las compuertas que estancaban las vivificantes aguas de la ciencia, que á torrentes se desbordó luego para todas las inteligencias sedientas. La mujer tocó á las puertas de las bibliotecas y las bibliotecas le franquearon sus tesoros; el libro fué su conquista; un nuevo mundo de ideas se reveló en su espíritu, y con el corazón palpitante de ambición, dilatada la pupila de ansiedad, sumerjó su alma en esas fuentes regeneradoras. La ciencia no la repudió; la civilización la reconoció por aliada y digna obrera suya, y tomándola de la mano, con la frente ya encendida por luz divina, la subió al sitio de honor que le estaba reservado en estas últimas y decisivas batallas del siglo, en las cuales no hay fuerza que deba ser desperdienciada, ni aliento humano

á quien haya derecho á excluir de las gloriosas fatigas.

En todo el vasto territorio de los Estados Unidos, no se encuentra una sola escuela pública que no esté regida por mujeres. Esta nación, que no dá un paso sin consultarla antes con la estadística, ha visto comprobado el hecho de que la mujer es más apta que el hombre para el ministerio de la enseñanza. Mejor dicho: este pueblo ha comprendido que la influencia de la mujer en el hombre es tan trascendental, que interrumpirla es dañar la humanidad. Es error grande sacar al niño del regazo de la madre para entregarlo en la escuela á las manos rudas, al carácter sin coyunturas de un maestro. La letra no es con sangre que entra, como nuestros abuelos decían con beatífica crueldad; mejor penetra envuelta en la fina miel de unos labios sonrientes. El azote envilece, pero no enseña. El dolor atraviesa la epidermis, pero no lleva luz al cerebro, porque la oleada de sangre que subleva oscurece la razón y deja en ella cuando más el veneno del rencor. El beso casi maternal de la preceptora es recompensa que el niño casi siempre codicia. Las madres saben lo que hacen cuando para enseñar á sus hijos la idea de Dios les muestran el firmamento azul sembrado de estrellas, y luego sellan sus ojos con sendos besos, como para dejar en ellos algo de las dulzuras del cielo.

El propio catolicismo, no obstante ser como toda religión, eminentemente conservador, reconoce la necesidad de marchar por esta nueva vía. Derribadas las formidables rejas de los conventos por el martillo de la revolución moderna, no se

obstina en reedificar las santas cárceles de la virtud y de la piedad, sinó que va más allá todavía, pues que rompe hoy lo que parecía imposible de romper; el voto de la reclusión perpétua; y de aquellas criaturas que en sedentaria soledad se consagraban solo á la conquista de la vida eterna, por medio del incesante ruego y la continua mortificación, forma hoy el catolicismo legiones activas de combatientes sublimes que van á pelear por la vida corporal de sus semejantes. Luchar con el dolor y con el desamparo; buscando al enfermo en el hospital, al herido en el campo de batalla, al desdichado en los antros de la miseria ó del vicio, en tanto que otras van de puerta en puerta, solicitando menesterosos de saber, para reparártelos el pan del espíritu, que es la luz de los conocimientos humanos.

Si el mundo pudiera verse las espaldas, se desconocería á sí mismo. Figurémonos por un momento á la sociedad antigua, con la familia constituida sobre aquellas bases feudales, y nos parecía imposible que así haya sido. La hija se estaba á la labor todo el año, encorvada sobre el techo de donde sus dedos sacaban primores, mientras su alma dormía profundo letargo. Un día el padre, severo y previsor, le traía de la mano á un hombre desconocido, y la decía:—«He aquí el compañero de toda tu vida; ámalo si puedes, pero en todo caso sé fiel y honrada». Y la pobre niña recibía el esposo que le daba en el sitio en donde antes latía el corazón colocaba el deber; sustituía una entraña con un precepto; mataba un impulso y abría una tumba. Esclava y no

esposa recibía el marido: mártir y no hija, entregaba el padre.

Blasfemial exclamaría éste, si alguien le hubiese dicho entonces que un día habría de llegar en que la mujer siguiese tan solo la inspiración de sus afectos para la elección del esposo; y todavía más, que una ley humana ampararía esa rebeldía de su voluntad y la elevaría á la categoría de un derecho inviolable, en todo igual al inviolable derecho del hombre.

Recuerdo haber leído no hace mucho unas páginas muy serias, en las cuales un escritor desocupado trata de demostrar la posibilidad de que el mono, por ser el animal que más se acerca al hombre por medio de una educación gradual y paciente llegue á sustituir á éste en varias de las ocupaciones humanas. El pensamiento no deja de ser filantrópico, y muchos hallarán muy natural la humanización del cuadrúpedo antes que la promoción de la mujer.

Estamos viendo y aplaudiendo á la civilización que dice al capataz: «devuélveme ese siervo á quien tratas como á bestia, y yo haré de él un hombre como tú». Y toma en sus brazos al infeliz africano, rompe la cadena que le rœ el tobillo, limpia su cerebro del hollín de la ignorancia, murmura en su oído palabras misteriosas que le yerguen, y le transforma en ciudadano. ¡Hay redención para el esclavo negro, pero nos asusta la libertad de la sierva blanca!

Cada vez que el revuelto oleaje de las revoluciones ha traído á la mujer á la superficie de los acontecimientos, ha sido para darnos ejemplo de grandes virtudes cívicas

y de nobles aspiraciones. En los momentos de la propaganda, su voz ha persuadido corazones y sacudido cimientos; en la hora de combate, heroínas; en el trance del sacrificio, mártires sublimes; y cuando ha llegado el instante funesto de vender la patria, de arrastrar por el suelo el honor y pisotear la libertad, ellas han escondido avergonzadas el rostro y se han retirado á llorar la mengua de los hombres y la flaquesa de los pueblos. Han solidó atravesar con el puñal el corazón á los tiranos, pero jamás han lamido sus piés con la lisonja. Nos han enseñado muchas veces como se muere en el patíbulo, nunca cómo se vive en la esclavitud ó en la infamia.

El día en que la influencia de la mujer acompañe al hombre en la vida civil como hoy le acompaña en la vida social, el mundo tomará una fisonomía distinta de la que hoy tiene. De la divina trilogía que forma el fundamento de la democracia, solo la Libertad y la Igualdad ha podido ensayar el hombre. La Fraternidad es virtud que solo la mujer podrá hacer universal. Leyes y tratados adolecerán, sin su concurso, del egoísmo propio de nuestro sexo. Falta una voz en los consejos que llame asesinatos las hecatombes de la guerra de conquista, de la guerra de razas, de la guerra de ambiciones; y esa voz es la voz de las madres, de las esposas, de las hijas que hasta hoy no traspasa los cuatro muros en donde lloran nuestros extravíos y su propio duelo, y que un día habrá de resonar como una acusación ó como una súplica en las deliberaciones de nuestros destinos.

El vapor y la electricidad no es-

tán haciendo del mundo un solo país sin fronteras, sino es para formar más tarde un pueblo sin ódios. Y la civilización no está trayendo paso á paso á la mujer á la posesión de sus derechos todos al igual delos del hombre, sínó para realizar con su influencia el milagro de la fraternidad universal.

En esta tierra americana, en donde sin ruído y sin escándalo, sin sangre y sin crímenes, van saliendo á luz las más trascendentales soluciones humanas, se está forjando esa nueva rueda para la máquina maravillosa del moderno progreso.

Escuelas, talleres, universidades, academias, cortes, tribunales: por todas partes la mujer en actividad fecunda.

No hay que alarmarse por ese estallido de la antigua costra social que se resquebraja.

Es que la mujer toma posesión de sus derechos. Es la sociedad que se perfecciona. Es la humanidad que se completa.

N. BOLET PERAZA.

MINIATURAS

I

— ¿Me amas mucho? — preguntaste cierto día con anhelo fijando tus lindos ojos en mis tristes ojos negros:
y aún cuando yo responderte no pude en aquel momento, lo que mis labios callaron, mis miradas te dijeron.

II

Colgado en la pared tengo un retrato que es copia fiel de mi difunta madre; del digno ser que con anhelo grato me enseñó á honrar á mi querido padre.

Y siempre que en mi acerba desventura fijo los ojos en su imagen bella, parece que deplora mi amargura y al verme padecer, ¡padece ella!

Enrique Franco.

LAURA
COMEDIA EN DOS ACTOS
POR
CASIANA FLORES
(Continuación).

ESCENA III

SEÑOR FERNÁNDEZ, ALBERTO, LAURA
Y JACINTA—(entrando)

Laura—(vendo al encuentro de Jacinta).—Jacinta!
Señor Fernández—(paseándose de rial humor).—Adelante.

Jacinta—(después de haber besado á Laura).—Buenas noches—(da la mano a Alberto y señor Fernández).

Señor Fernández—Buenas noches.

Alberto—Buenas noches.

Jacinta—¿Qué se hace aquí? ¿Se trabaja? Y vengo á pedir hospitalidad hasta las once, mi marido ha llevado mis hijitos al Circo y para no dejarme sola en casa, me ha dejado de paso aquí, donde trabajaré con ustedes, si trabajan, o charlaré con ustedes, si charlan.

Señor Fernández—(con marcado mal humor).—Charlarás mi hija, con Laura, yo necesito hacer ejercicio, no me siento bien, quiero caminar, tomar el aire, y aprovecharé el que tu te quedes con ella para salir un poco.—(a Alberto).—¿Me acompañarás Alberto?

Alberto—Si señor, y con gusto.

Señor Fernández—(A Laura).—Mi sobretodo, mi sombrero y mi bastón—(sale Laura).

Jacinta—(al señor Fernández).—Y...?

Señor Fernández—(con desaliento).—Hasta ahora ha dicho que no.

Jacinta—(con mucho asombro).—Cómo!!

Señor Fernández—Como lo oyes, yo no sé en lo que piensa esta niña.

Alberto—(que se ha estado paseando nervioso por la pieza, desde que salió Laura, deteniéndose frente a Jacinta).—El más lindo de los «no puedo» y me ha dejado con la mano así, estirada (haciendo el ademán).

Jacinta—(desconcertada).—No lo comprendo.

(Laura entra trayendo el bastón, el sombrero y el sobretodo del señor Fernández, deja los primeros en el escritorio y ayuda á poner el sobretodo á su padre, entre tanto Alberto toma su sombrero y se despide de Jacinta, luego se dirige á Laura teniéndola la mano y mirándola fijamente).

Alberto—Hasta cuando señorita?

Laura—(con las manos atrás y sin levantar los ojos).—Hasta mañana; mañana prometo contestarle—(casi con cariño).—dispénsemel Alberto, dispénsemel, pero hoy no puedo; quiero pensarla, quiero... (vacilando).—quiero proceder bien.

Alberto—Y su mano?

Laura—(casi con tristeza).—¿Para qué? Cuando le conteste se la daré.

Alberto—(incinándose).—Está bien, hasta mañana pues, pero... aunque me diga usted que sí, lo veo, no me quiere usted del modo que yo la quiero.

Señor Fernández—Hasta luego.

Jacinta—Hasta luego.

Laura—Hasta luego, papá.

Señor Fernández—(acerándose á Laura).—Piensa bien, hija mía, lo que vas á contestar, yo creo que la felicidad está cerca de tí; no la dejes escapar. (Salen Alberto y el señor Fernández).

ESCENA IV

LAURA Y JACINTA

(Laura sigue con los ojos á su padre y á Alberto, hasta que la puerta se cierra tras de ello, luego se sienta con desaliento).

Laura—Al fin, al fin, Dios mío! Ya me faltaban las fuerzas! Un desencanto más, una ilusión menos.

«Las ilusiones perdidas,
Ayl son hojas desprendidas
Del árbol del corazón.»

Jacinta—(acercándose).—¿Qué has hecho? ¿qué has hecho?

Laura—Lo que debía, solo lo que debía y te aseguro que nunca creí que el deber, con ser deber, costara tanto.

Jacinta—(con mal humor).—No te entiendo, Laura, yo no te entiendo. Dices que has hecho lo que debías (movimiento afirmativo de cabeza por parte de Laura).—Es acaso tu deber poner á tu padre en ese estado de agitación negándote á última hora—después de todas las esperanzas que habías dado—á acceder á aquello que sabes son sus deseos más íntimos?—Es acaso tu deber decir «no puedo» á Alberto dejándolo con la mano estirada como se deja á cualquier chiquillo que pide un imposible.

Laura—Yo no he dado esperanzas á nadie y lo que me pide Alberto es imposible.

Jacinta—(con energía).—Me las has dado á mi Laura y yo las he dado por tí.

Laura—¿Por qué te has entrometido en estas cosas? (con mal humor).—A qué, á qué has hecho eso?

Jacinta—Lo he hecho por tu padre. El me había mandado, él me había pedido que te interrogara, oyes, por tu padre que ansia saber cuál será tu porvenir, tu padre que ha llegado hasta buscar á leer, en los ojos de Alberto el amor que éste pudiera sentir por tí y que no atinaba como tú y él, estando siempre de acuerdo en todo, no llegaban á entenderse nunca en la cuestión que á él le interesaba.

Laura—(con marcado mal humor).—Deja á papá tranquilo, Jacinta, déjalo, por Dios! tú invocas su nombre solo para enternecerme, pero qué le hace, ni qué le interesa á papá que Alberto me quiera ó que yo lo rechace?

Jacinta—Pero Laura...

Laura—Mira Jacinta, déjame de una vez en paz; no me hables de absurdos que no te interesan ni á tí, ni á nadie, yo no te he dado derecho á que te entrometas en mis asuntos particulares, y es impertinencia por tu parte estarme mortificando, déjame, déjame por favor.—¡Más valiera que nunca me hubieras hablado de eso!

Jacinta—Sé razonable Laura, sé razonable, no comprendes que la que mortifica eres tú, con tus extravagancias.

Laura—(*muy nerviosa*) ¿para qué se entrometen en lo que no les importa? Entiendes, te prohíbo que me hables más de eso. Déjame, por favor, déjame, déjame en paz.

Jacinta—(*tomando su tapado y poniéndoselo*). Me doy por notificada. ¡Cómo es cierto: que no hay comido que salga bien! Razón tenía su papá cuando me manda a mí a que le hablara. Ya presentaría él que le habían de enseñar a no entrometerse en los asuntos íntimos, privados, secretos de su señorita hija (*acerándose a Laura que se ha quedado sentada y pensativa*) Adios!

Laura—(*distraída*) ¿Te vas ya?

Jacinta—(*en tono de enojo*) Si, ¿qué quieras que haga? Aquí bien veo que estoy demás; tu estás de mal humor, ¿no me has dicho que te dejé?

Laura—(*poniéndose de pie*) Adios!

(*Sedon muy friamente la mano*) Jacinta se dirige hacia la puerta de salida, Laura la sigue con la vista, y cuando va a llegar da un pa o hacia ella):

Laura—Jacinta...

Jacinta—(*volviéndose a mirarla*) ¿Qué?

Laura—Quédate.

Jacinta—¿Para qué?

Laura—¿Para qué? Para qué si, espera a que venga papá.

Jacinta—(*dirigiéndose de nuevo hacia la puerta*) ¿Para presenciar el gran disgusto que va a tener el buen señor? Muchas gracias.

Laura—(*cando unos pasos hacia ella*) Quédate Jacinta (*Jacinta hace un movimiento de irresolución*) te lo pido por favor; (*con cariño*) quédate y dispensa y olvida lo que te he dicho, he sido mala con tigo pero discúlpame, estoy loca, no se lo que hago. (*Jacinta se adelanta unos pasos*) Ven. ¿No ves que necesito de tí? (*en un arranque de desesperación*) Sufro, sufro mucho (*Jacinta se le acerca del todo y Laura que se ha estado conteniendo, se echa a llorar en sus brazos*).

Jacinta—(*acariciandola*) Mala, mala que te revelas contra nosotros, que no quieras entendernos, ni comprendes todas nuestras angustias. ¿Qué harás en la vida cuando mueras tu padre y te veas sola sin tener siquiera un fin que llenar? ¿No comprendes el sentimiento que guía a tu padre al preocuparse, como se preocupa, de estas cosas. Oh! lo comprenderás bien hoy o mañana si eres madre. Le guía el mismo sentimiento que me hace a mí pasarme, a veces, por una simple tos o resfriado de uno de mis hijos, la noche en vela espiando en su cara el más leve signo de dolor, temiendo que cualquier enfermedad no atendida a tiempo, lo arrebate de mi lado. Contigo las cosas han cambiado, pero el sentimiento es el mismo; ya tu padre no tiene necesidad de espiar en tu rostro las enfermedades, pero quiere y debe leer en tu corazón para saber si eres capaz de formarte un porvenir y para ayudarte a que te lo formes. (*Laura sigue llorando con la frente apoyada en el hombro de su amiga*). Hoy cree haber encontrado un hombre digno a quien dejarte y son sus deseos más grandes que tu lo aceptes por compañero. Tú lo quieras, me lo has dicho, acéptalo, no defraudes sus esperanzas, cree Laura que es esta una ocasión de felicidad que se te presenta en la vida, no la dejes escapar,

que la felicidad no siempre vuelve (*besandola en la cabeza*). Acéptalo.

Laura—(*levantando muy serena la cabeza y enjugándose las lágrimas*) No puedo, no puedo, te digo Jacinta que no puedo. Y se que papá aprobará mi proceder.

Jacinta—Pero... Tiene que haber pasado algo. (*con energía*) ¿Dime Laura, hay algo?

Laura—(*con indiferencia, paseándose por el cuarto*)— Lo de siempre: que no puede hacerse feliz a una mujer sino rompiendo la felicidad y el porvenir de otra.

Jacinta—Qué, Alberto... él... quería a otra?

Laura—(*nerviosa*) Quererla? ¡Qué se yo si la quería! él dice que no, pero antes de venir acá estaba con ella comprometido y ahora se ve en el caso de romper ese compromiso y muy suelto de cuerpo está resuelto a romperlo, como si no fuera nada lo que hace, (*risa irónica*) y en verdad, es nada, si la otra es una chiquilina, si no tiene más que 17 años, si a los 17 no se quiere, ni dejan estos dragoneos huelilla ninguna en el corazón de nosotras, pues nosotras no sabemos sufrir, no tenemos sentimientos no queremos, cuando mucho nos dejamos querer, he ahí todo (*uelta una carcajada*).

Jacinta—Vamos Laura, ¿qué estás diciendo, tu deliras, a qué viene esto?

Laura—No deliro no, desgraciadamente no deliro. Me lo acaba de decir él, al hablarme de lo que por mí sentía, hace un rato. Es tan grande, tan reflexivo el cariño que me ofrece que este cariño ha venido su voluntad después de grandes luchas y estas luchas tenían por causa el que él no era libre, pero aun no siéndolo no ha vacilado en quedarse en Montevideo, en seguir viniendo a casa, en fomentar, no sólo el cariño que sentía por mí sino también en buscar a que papá lo aceptara y que yo le correspondiese y una vez correspondido por mí—como la cosa más natural del mundo—suprime a la otra, de ella no se acuerda ya más, es una silla tirada en mitad del cuadro que, como interrumpe el paso, se echa, con el pie hacia un lado.

Tú ves, este cariño tiene más mérito y debo estar orgullosa de él, jya lo creo! como que no lo he conseguido así no más, me lo ofrecen sólo después de haber luchado mucho, y lo que es mejor, lo que lo hace más deseado, más meritorio, más digno de ser aceptado es que tendré novio después de desbancar a otra. Y yo... yo debo aceptarlo verdad?

Jacinta—Y por qué no, si es a tí a quien quiere hoy, si es a tí a quien ofrece su nombre?

Laura—Jacinta, Jacinta, no juegues con estas cosas y pésa un poco más lo que dices. Sosténme, no me hagas dudar, no sabes que he vacilado ya, que vacilo y que me tientas? ¿No sabes que por poco me rebajo y pongo esta mi mano en la suya quedando ya sellado nuestro compromiso, delante de papá, cuando él, él todavía no ha roto con la otra, no ves que aun es muy pronto para que esté segura de mí misma, y que todavía me siento vacilar puesto que lo quiero y sufro horriblemente al tener que decirle que no. Ves hasta donde he llegado: le he oido decir lo que me ha dicho, lo veo proceder del modo que procede y todavía lo quiero a pesar de no verlo hombre y estar en la convicción de que ni siquiera merece mi cariño; y mi amor hacia

(Continuará)

SOCIAL

Salud mis bellas abonadas.

Como á este número de Búcaro corresponden los ecos de las fiestas mayas, ustedes dirán si sobra material y falta espacio; así es que, pasando por alto las funciones de la Opera, donde la novedad se reduce á la interpretación de *El Profeta*, del inmortal Mayerbeer, realizada por las bellezas que lucían en palcos y galerías, entraré á reseñar las fiestas con olor á violetas y gardenias; con lampos de luz, pulverulencia de estrellitas y raudales de armonía; fiestas á que la mujer argentina, flor en capullo, encerrada todavía en el claustro escolar, ha contribuido con la cabeza y el corazón.

Me refiero á las actuaciones literarias sociales y patrióticas que se han realizado en todos los centros de educación de esta culta capital, y, como será imposible hacer una descripción detallada de cada una, me circunscribiré á la que por categoría de número y de antigüedad lleva la primacía. Me refiero á la Escuela Normal de Profesoras N°. 1, tan dignamente dirigida por la inteligente señorita Máxima Lupo.

Bien quisiera dejar el lápiz negro y tomar en cambio el pincel del paisajista para delinear, coloreado, el expléndido salón de actuaciones públicas, en cuyo frontis se destacaba un hermosísimo trofeo de armas con banderas argentinas de un efecto magnífico, artísticamente ejecutado con sólo papel blanco y azul é imitación madera, obra de la señorita Sara Maturana, que tiene un dón especial para esta clase de trabajos. Después, los girones de cinta, las

flores naturales, las notas del piano, la voz fresca y lozana de las niñas entonando la canción nacional, y luego el arte en su magestuosa manifestación del pensamiento burilado por la exquisitez literaria; magnífico conjunto de aroma, luz, notas y sentimiento para despertar el alma á las sublimes fruiciones del amor á la Patria y evocar el recuerdo de los que con su heroísmo sellaron la libertad. Mucho quisiera decir en obsequio á la bella fiesta escolar, pero cederé la palabra al PROGRAMA que bondadosamente se me ha proporcionado. Abrióse la actuación con el Himno Nacional Argentino, y las señoritas Clara Diaz, L. Pereira y A. Denevi recitaron las composiciones *A mi bandera*, *El porvenir de América* y *Patria*, siendo calurosamente aplaudidas. Las alumnas del 3º y 4º grado cantaron *Mi aldea*, siguiéndose la recitación de *San Martín*, *Patria*, *La libertad* y *El esclavo*, muy bien hecha por las señoritas E. Reyes, L. Vignolo, A. Winter y L. Inanbor. Las estrofas del precioso canto *Patria*, entonado por las alumnas de 1º y 2º grado, prepararon el ánimo para escuchar á la señorita Santa María que recitó la composición *Al sol de Mayo*, y luego el precioso trabajo titulado *En Consejo*, de la señorita López, que insertamos en otra sección, el que fué bien interpretado por las alumnas H. Barbosa Dolvanich, Retto y Ruiz Moreno, siendo aplaudidas por el auditorio cuyo entusiasmo subía de grado.

Después de un intervalo, comenzó la segunda parte, en que las señoritas Dolvanich y Malhano leyeron composiciones patrióticas. Las señoritas Merani y Salzá, Levetti y

Sommanva interpretaron admirablemente *Las tres sombras*, de nuestro aplaudido Juan M. Gutiérrez; que fué seguido del canto á la América entonado por las alumnas de primer año. Las señoritas Plandin, Guerencio, Gomez, Pontigia y Echegaray leyeron sus composiciones literarias, se entonó el Himno al Plata por las alumnas del 3º, 4º y 5º año normal, y la señorita Directora Máxima Lupo, que es el astro rey que dá calor y vida á las flores intelectuales que en aquel plantel se desarrollan, distribuyó los diplomas á las alumnas que lo habían ganado después de larga y constante labor.

No menos interesante estuvo la fiesta de la Escuela Normal n° 2, que dignamente dirige la señorita Angela G. Menéndez. Entre las señoritas que asistieron noté á las de Olivera, Breyra de Morillo, Shaw, Alvizuri y otras. Las alumnas de este plantel repartieron á los pobres de la sociedad San Vicente de Paul trecientas piezas de ropa cosidas por ellas mismas, como recuerdo de los héroes de la guerra magna, cuya memoria evocó una de las alumnas de 2º año en un discurso patriótico.

Me resta felicitar á las distinguidas señoritas Lupo y Menéndez, directoras de las Escuelas Normales de la Capital por el brillante éxito de las fiestas patrias.

* * *

Tenía anunciadas muchas fiestas blancas de las que ya algunas se han realizado sin los errores de *Falb* ni los espeluznamientos del cometa *Faye*.

Mencionaré una que otra? Si

Ya han cantado el himno sacro en el altar de Himeneo la bella Julia Obligado con el inteligente Filiberto Oliveira Cesar; Elena Blaye, la gentil niña, con Bernabé Font; la donosa Elena Pages y J. J. Diaz, la espiritual Elisa Acereto con Juan B. Reynaldi y otras parejas que actualmente están entregadas á las delicias de la *Luna de miel*, para las cuales deseo un mar de dicha y bonanza sin orillas y sin tempestades donde vaya á flote la nave de la felicidad.

Al lado de este tejido de flores tengo que poner el desteje de espinos. Son tantos los divorcios iniciados y resueltos! Pero, mejor es no meneallo, que donde se puede aliorrar el dolor los ahorro, avara de placer para mis lectoras; y más bien las señalaré los paradisíacos rumbos de Palermo donde las tardes del penoso invierno reciben calor y vida de las hermosas turistas que por su constancia se dicen las ilustres damas palerminas. Y para las que gustan de dar otros giros al recreo, ahí está el *Columbia Skating-Kink* cada vez más novedoso y atractivo. Por mi parte, acudo donde puedo para traer noticias á las bellas suscriptoras sin que me asalte la tentación de hablarla de la niña descuartizada, de las malas representaciones teatrales y otros horrores que acontecen en la vida social de la populosa ciudad. Me reservo el hablar de la bendición del taller ANGELA DORREGO DE ORTIZ BASUALDO que se hará el viernes 5 y soy amiga de ustedes.

AZUL DEL MONTE.

TELÉFONO

—

(En una sala decorada de rojo, con cenefas doradas, los pisos tapizados con tripe de Bruselas y celocías con acuarelas de los más renombrados paisajistas de Turín, está don Zandalio cubierto de gorro bordado, mostrando su bata y zapatillas de casa, preocupado con la respuesta que debe dar á Espiridión, pretendiente de su hija Sara. Al fin, después de lucha titánica, opta por llamarlo por teléfono, y sedice:

—Pues, el aparato de Edison va á ahorrarme colores sobre estas barbas que están blanqueando).

Rín rín rín

—Aló?

—Hablo con Esperidión.

—Servidor suyo.

—Caballerito, soy yo, su... presunto suegro.

—Señor mío. Había reconocido su voz de timbre simpático.

—Gracias.

—Y debo el gusto...

—A que deseo darle la respuesta esperada.

—Cuanta dicha...

—Bien, amigo, no puedo oponerme á que V. corone la obra puesto que se empeña.

—Señor!...

—Sabra V. que mi hija tiene para almorzar; supongo que V. tendrá para comer?

—En cuanto á eso no se preocupe, señor. Yo soy dócil y resignado; tengo muy buen génio, y... en almorzando bien, aunque no coma...

—Pues!... irá V. á comer en la otra esquina.

Chi'in chilin.

—Chona?

—Amor.

—He recibido tu cartita.

—Ya?

—Y lamento que hayas olvidado del todo la ortografía.

—La ortografía?

—Claro; me pides besos con *p*, cosa que horrorizaría á la *Academia* misma.

—Amiguito... amiguito, esa *b* sabrosa es para otros tiempos, las *ai-ces* se mudan en la conjugación; no sabes que *azahares* cambian la *a* en *pe* y pierden la *h* inoportuna?

(Uno que interrumpe).

—Oiga usted eso, y síese del amor.

Rín rín rín.

—Según esta lección, las novias piden pesos con *b* y las esposas con *p*.

—Qué? No lo sabía usted hasta esa edad?

Chilin chilin.

MARGARITA.

La Administración suplica á los abonados de fuera de la ciudad, que se dignen mandar abonar el trimestre vencido y el mes que principia con el núm. 7.